

«Ya no está Granada sola
Sobre sus calladas piedras:
Álzanse los reyes moros
Al clamor que los despierta;
Himno sonoro se escucha
Que en torno la Alhambra atruena.»

Y ahora, al volverlos á escribir, pienso en que la banda de la Guardia nacional de Turin inspira la alegría y la paz, mejor que los moriscos cetros; y que el empedrado de los pórticos de Pó, á pesar de ser mudo tambien, está mejor enlazado y más bruñido que las piedras de Granada.



GRANADA



LENO de aventuras y el más desgraciado que hice por España, fué el viaje de Málaga á Granada. Para que los lectores competentes puedan compadecerme tanto como yo lo desco, es necesario que sepan (y me duele entretener á mis lectores con semejantes bagatelas) que en Málaga almorcé ligeramente á la andaluza, almuerzo del cual me quedaba apenas confuso recuerdo en el instante de la partida. Pero había salido seguro de poder bajar en cualquiera estacion donde hubiera alguno de esos comedores públicos, donde uno entra al galope, come á la carrera y paga aceleradamente, para entrar de nuevo en el vagon, maldiciendo del reloj, de los viajes y del ministro de obras públicas que ha hecho *traicion al país*. Partió el tren, y durante algunas horas aquello fué una delicia. La campiña formaba ondas de colinas y verdes campos sembrados de pequeñas quintas coronadas de palmeras y cipreses; y en el vagon entre dos viejos que cerraban los ojos, había una jóven andaluza que miraba á su alrededor con sonrisa picaresca, que pa-

recía decir:—"¡Vamos! ¿no valgo yo una miradita tierna?" El tren iba con la lentitud de diligencia desvencijada, y solo se detenía breves instantes en las estaciones. A la puesta del sol mi estómago empezó á pedir socorro, y para que fueran más agudos los acicates del hambre, tuve que andar á pié buen trecho. El tren se detuvo ante un puente frágil, todos los viajeros descendieron y fueron dos á dos á esperar los coches en la otra orilla del río. Nos hallábamos entre los peñascos de Sierra Nevada, en un sitio desierto y salvaje, lo que nos daba el aspecto de gentes detenidas en rehenes por una partida de bandidos. Cuando nos hallamos otra vez en los coches el tren volvió á marchar con la misma impetuosidad de antes, y mi estómago empezó á desfallecer más lastimosamente. Llegamos, despues de mucho tiempo, á una estación llena de trenes, y gran número de viajeros se precipitó fuera de los coches, antes de que yo hubiese puesto el pié en el estribo.

—¿A dónde va usted?—me preguntó un empleado del ferro-carril al verme bajar.

—¿A comer!—le contesté yo.

—¿No va Vd. á Granada?

—Sí, señor, á Granada.

—Entonces no tiene Vd. tiempo; el tren sale en seguida.

—Pero los demás han bajado.

—Ya verá Vd. dentro de un instante como vuelven corriendo.

Los trenes de mercancías que estaban delante no me dejaban ver la estación: creí que estaba lejos y no

bajé. Pasaron dos minutos, cinco, ocho, los viajeros no volvían y el tren no se movía. Me precipité fuera del vagón, corrí á la estación, ví un café; entré en una gran sala... ¡Justo Dios! Cincuenta hambrientos estaban sentados alrededor de una mesa servida, la barba sobre el plato, los codos en el aire, los ojos en el reloj, devorando y gritando. Y otras cincuenta personas estaban en el mostrador llenándose los bolsillos de pan, frutas, dulces, mientras el dueño y los criados, jadeantes como caballos fatigados, y bañados en sudor, corrían, se afanaban, revolvían cajones, chocaban con los recién llegados, derramaban aquí y allí chorros de caldo y salsa; y una pobre señora, que sería seguramente la dueña del café, prisionera en un nicho detrás del mostrador sitiado, se arrancaba los cabellos en señal de desesperación. Ante semejante espectáculo dejé caer los brazos desalentado. Pero hice en seguida un llamamiento á todas mis fuerzas, y me lancé al pillaje. Rechazado por un codazo en el pecho, volví al asalto; echado atrás por un golpe en el vientre, recobré todo mi valor para intentar una nueva arremetida. En tal momento sonó la campana. Aquella fué la señal que produjo una explosión de imprecaciones y caídas de sillas, un alboroto de locos, un escándalo, una confusión de todos los diablos. Este, devorando precipitadamente los últimos bocados, se pone lívido y le salen los ojos de la cabeza como si fuera un ahorcado; otro, estirando el brazo para coger una naranja, empujado por su vecino, que había despachado ya, la deja caer en un plato de natillas; un tercero corre afanoso por la sala buscando

su equipaje, con un chafarrinon de salsa en la mejilla; aquel, por haber bebido demasiado aprisa, y con la cara vuelta, tose desesperadamente, con peligro de desarticularse el pecho. Los empleados gritaban desde la puerta: "¡vivo!..." y los viajeros respondian: "¡así te mueras!" Los camareros perseguían á los que se marchaban sin pagar, al paso que los que querían pagar no daban con los camareros, y las señoras parecían próximas á desmayarse, y los chiquillos gritaban y era aquello una confusion y un estrépito indescriptibles... Gran suerte fué la mía, puesto que pude entrar en mi vagon antes que el tren echara á andar; pero me esperaba nuevo suplicio. Los dos viejos y la linda andaluza, que debía ser hija del uno y sobrina del otro, habían podido lograr su botin en aquel saqueo del *buffet*, y comian á dos carrillos. Me puse á mirarlos con ojos melancólicos, contando los bocados y las dentelladas, como el perro junto á la mesa del dueño. La andaluza lo notó, y mostrándome algo que parecía un embutido hizo con la cabeza un gracioso movimiento, como preguntándome si quería.

—¡Oh! ¡muchas gracias!—le contesté con sonrisa de moribundo;—¡he comido ya!

—¡Angel mío!—añadí para mí capote;—¡si tú supieses que en este momento preferiría tu embutido á las manzanas amargas, como diría noblemente maese Nicolás Maquiavelo, cogidas en el famoso huerto de las Hespérides.

—¿Aceptaré Vd. al ménos un sorbo de licor?—dijo el tío.

Yo no sé por qué pueril majadería contra mí ó

contra aquellas pobres gentes, majadería de que acostumbra á dar prueba todos los hombres en casos semejantes, respondí tambien á la invitacion del viejo:—No, gracias; me haría daño.

El buen viejo me miró de piés á cabeza, cual si quisiera decir que no le parecía yo un hombre al que una gota de licor pudiera hacer daño; sonrióse la andaluza, y yo me avergoncé con pena. Se hizo noche y el tren siguió andando al paso de la cabalgadura de Sancho Panza, durante no sé cuántas horas. Aquella noche hice conocimiento, por primera vez en mi vida, con los tormentos del hambre, que imaginaba haber experimentado ya en la famosa jornada del 24 de Junio de 1866. Para dulcificar esos tormentos pensé obstinadamente en todos los alimentos que más me repugnaban: patatas crudas, caracoles en sopa, cangrejos fritos, pescado blanco en ensalada. ¡Y lo que son las cosas! Una voz me gritaba con desprecio desde el fondo de las entrañas, que á tener á mano todo aquello que tanto me repugnaba, me hubiera dado con un canto en los pechos y chupado los dedos de gusto. Entonces me entretuve haciendo mezclas imaginarias de platos fantásticos, como por ejemplo, crema y pescado rociado con vino, con su poco de pimienta y una cucharada de almibar de énebro. Proponíame con esto mantener á raya el estómago. ¡Desdichado! Aquella mezcla le parecía á mis tripas delicioso maná. Entonces hice un supremo esfuerzo: imaginé hallarme sentado á la mesa de una fonda en París, durante el sitio, y levantar suavemente por la cola una rata con salsa picante, que, resucitando

repentinamente, me mordía en el pulgar y me miraba á la cara con sus dos ojitos abiertos; yo con el tenedor levantado dudaba entre soltarla ó hierla sin piedad. Pero, gracias á Dios, antes de salir de dudas y decidirme á consumir un acto sin ejemplar en la historia de los sitios, detúvose el tren y la luz de la esperanza alentó mi desfallecido ánimo. Habíamos llegado á no sé qué pueblo. Mientras asomaba la cabeza por la portezuela, una voz gritó:—"¡Que bajen los viajeros para Granada!"—Salté del vagón y me encontré cara á cara con un hombrón barbudo que me tomó el equipaje de las manos, diciéndome que iba á colocarlo en la diligencia, pues que desde ese pueblo hasta no sé cuántas millas de la *imperial Granada*, no hay ferro-carril.

—¡Un momento!—dije gritando al desconocido, con voz suplicante:—¿tarda mucho en salir la diligencia?

—Dos minutos,—me respondió.

—¿Hay aquí una fonda?

—Véala Vd.

Corrí á la fonda, engullí un huevo duro y volví corriendo á la diligencia, preguntando.

—¿Cuánto tiempo tengo todavía?

—¡Otros dos minutos!—me respondió la voz de antes.

Volé de nuevo á la fonda, comí un segundo huevo y volví á la diligencia, preguntando:

—¿Salimos ya?

—Dentro de un minuto.

Eché á correr hácia la fonda; devoré un tercero y

un cuarto huevo, bebí una botella de vino, y me dirigí á escape á la diligencia. Pero no había dado diez pasados, cuando la respiración me faltó y me detuve: el huevo se había atascado en su camino y me ahogaba. En aquel instante oí el chasquido del látigo y exclamé.

—¡Deteneos!—moviendo y agitando los brazos como hombre que se ahoga.

—¿Qué hay?—preguntó el mayoral.

No pude contestar.

—¡Se le ha quedado un huevo en la garganta!—respondió por mí un desconocido.

Los viajeros se echaron á reír; el huevo siguió su camino, reíme también yo, alcancé la diligencia, y cuando hube tomado asiento hice á mis compañeros de viaje la historia de mis desgracias, que les conmovió más de lo que podía esperar, dadas las carcajadas que mi asfixia había motivado. Pero no acabaron allí mis desgracias. Uno de aquellos sueños irresistibles que se apoderaban de mí á traición y de repente, en las largas marchas nocturnas entre soldados, me acometió de improviso, atormentándome hasta llegar á la estación del ferro-carril, sin que pudiera dejar de dormir ni un segundo. Creo que una bala de cañon suspendida por una cuerda del techo de la diligencia hubiera causado ménos molestia á mis infortunados compañeros de viaje que mi pobre cabeza, volteando de un lado á otro, como si sólo hubiese estado unida á mi cuello por un hilo... Tenía á un lado una monja, al otro un niño, delante un campesino y durante todo el trayecto no hice más

que dar cabezadas á aquellas tres víctimas, como el monótono vaiven del badajo de una campana. La monja, pobrecilla, me dejaba y se callaba, tal vez en expiación de sus pecados mortales, pero el niño y el campesino murmuraban de vez en cuando:—*¡Es una barbaridad!—¡Así no se puede estar!—¡Tiene una cabeza de plomo!*—Por fin una broma de un viajero nos libró á los cuatro de este suplicio. Como el campesino acentuase al cabo sus quejas con mayor esfuerzo, una voz gritó desde el fondo de la diligencia:

—¡Consoláos! Si hasta ahora no os ha roto la cabeza, tened la seguridad de que esto no ha de suceder, porque la tenéis á prueba de martillo.

Todo el mundo se rió; yo me despabilé en seguida, pidiendo mil perdones, y las tres víctimas quedaron tan contentas y satisfechas de verse libres de aquel martirio, que en lugar de vengarse con palabras amargas, dijéronme con voz cariñosa:—*¡Pobrecito!—¡Ha descansado Vd. muy mal!—¡Se ha lastimado Vd. la cabeza!*—Llegamos, por último, al ferrocarril, y ¡ved qué suerte la mía tan aciaga! Solo en un vagón donde, hubiera podido dormir como un sultán, no llegué á pegar los ojos. Sentía como una espina en el corazón al pensar que había hecho aquel viaje de noche, que no había visto nada absolutamente y que no podía gozar de lejos la vista de Granada. Y recordé la dulce salutación de Martínez de la Rosa:

“¡Oh, amada patria mía! ¡Te vuelvo á ver al fin!
¡Vuelvo á ver tu suelo hermoso, tus campos felices y fecundos, tu espléndido sol y tu apacible cielo! ¡Oh, tu recuerdo me seguía por todas partes! Granada

turbaba mis placeres, mi paz, mi gloria, y me oprimía el alma y el corazón! En las heladas orillas del Sena y del Támesis, me acordaba de las amenas riberas del Darro y del Genil, y suspiraba, y con frecuencia entonando dulce canción, mi dolor iba en aumento y el mal reprimido llanto sofocaba mi voz! ¡En vano el Arno delicioso me ofrecía sus orillas esmaltadas de flores, asilo de amores y de paz. ¡La regada llanura del manso Genil—decía,—es más florida! ¡La mansión de la bella Granada me es mucho más cara!—Y murmuraba estas palabras con acento plañidero, y recordando la casa de mis padres, levantaba los tristes ojos al cielo. ¡Cuál es tu magia! tu inefable encanto, ¡oh patria! ¡oh dulce nombre, que nos eres tan querida! El negro africano, lejos de su desierto nativo, mira con doloroso desprecio los campos llenos de verdura; el tosco lapón, arrancado de su tierra materna, suspira por las noches perpetuas y el perpétuo hielo; y yo, yo, á quien la bondadosa suerte permitió que naciera y me hiciera hombre en tu seno feliz, colmado de tantos dones de Dios, yo, lejos de tí, ¿te hubiera podido olvidar, oh Granada?”.....

Cuando llegué á la capital era noche oscura y no pude ver ni la silueta de las casas. Una diligencia, tirada por dos caballos tísicos, me dejó en una fonda, donde tuve que esperar hora y media á que me dispusieran la cama, y, por último, poco antes de las tres de la madrugada pude reposar. Pero no habían terminado mis desdichas. Cuando empezaba á reconciliar el sueño, sentí confuso murmullo en un cuarto

vecino, y despues una voz masculina que dijo claramente: "¡Qué piececito tan lindo!" Juzgue el que tenga entrañas humanas. La almohada estaba algo descosida: arranqué un poco de su lana, me lo introduje en los oídos, y pensando en las desventuras del viaje, quedéme dormido con un sueño desesperado. Salí temprano á la mañana siguiente y me pasé por las calles de Granada, haciendo hora para ir á sacar de su casa á un jóven granadino que habia conocido en Madrid, en casa de Fernandez Guerra; llamábase Góngora, hijo de un arqueólogo ilustre, y descendiente de Luis Góngora, el famoso poeta de Córdoba, del cual he dicho algo de pasada. Lo que entónces ví de la ciudad no respondió á lo que esperaba. Creía encontrar misteriosas callejuelas y pequeñas casas, como en Córdoba y Sevilla, y encontré grandes plazas, algunas hermosas calles rectas, y otras, á decir verdad, estrechas y tortuosas, pero formadas por altos edificios, pintadas en su mayoría de bajo-relieves imitados, con amores y guirnaldas, y toldos y cortinas flotantes, de todos colores, sin el aspecto oriental de otras ciudades andaluzas. La parte más baja de Granada se halla casi toda construída con la regularidad de una ciudad moderna. Al pasar por esas calles me asaltó el despecho y hubiera seguramente exhibido al señor Góngora una cara endiablada, si por fortuna, al caminar así á la ventura, no hubiese llegado á la famosa *Alameda de la Bomba*, que pasa por ser el más hermoso pasco del mundo, y que me compensó plenamente de la odiosa regularidad de las calles que á él conducen. Imaginen mis lectores

una larga vía, tan ancha que cincuenta coches pueden pasar por ella de frente, teniendo á ámbos lados otras vías más pequeñas, bordeadas de largas hileras de árboles enormes que forman á gran altura una inmensa bóveda de verdura tan compacta que no deja pasar un rayo de sol, y á los dos extremos de la vía central dos fuentes monumentales, de las cuales manan grandes chorros de agua que se descomponen en fina y vaporosa lluvia; entre las vías, riachuelos cristalinos, y en el centro un jardín de rosas, mirtos y jazmines, con surtidores. De un lado corre el Genil entre orillas pobladas de bosques de laureles, y á lo léjos las montañas cubiertas de nieve, sobre las cuales dibujan las palmeras su cabellera fantástica. Y por todos lados una verdura viva, compacta, de una extremada riqueza, que deja ver á trechos alguna faja del cielo, de un hermoso color de zafiro.

Al volver de este *Salon*, como le llaman, encontré gran número de campesinos que salian de la ciudad, dos á dos ó en grupos, con sus mujeres y niños cantando y chanceando. Su traje me pareció el de los campesinos de Córdoba y Sevilla. Llevaban sombrero calañés, los unos con grandes alas, los otros con alas retorcidas; pequeño chaleco con franjas de diversos colores, faja encarnada ó azul, pantalon ajustado con botones á lo largo del muslo, y polainas abiertas por un lado, que dejaban ver las piernas. Las mujeres van vestidas como en las otras provincias y su fisonomía no ofrece diferencias muy marcadas. Fui á ver á mi amigo, á quien encontré sumido en sus estudios arqueológicos, delante de un monton

de viejas medallas y de piedrass esculpidas. Me recibió con placer y cortesía realmente andaluces, y despues de los primeros saludos, pronunciamos ambos á una la palabra mágica que en todas las partes del mundo arranca suspiros á las almas grandes y despierta secretos deseos; esa palabra da el último impulso hácia España, á cualquiera que haya alimentado el propósito de visitarla y que no se haya decidido todavía á ponerse en marcha; palabra, en fin, que hace palpitár el corazón de los poetas y resplandecer los ojos de la mujeres: ¡la Alhambra!

Nos lanzamos fuera de casa. La Alhambra se halla construida sobre alta colina que domina la ciudad y ofrece, vista de léjos, el aspecto de fortaleza, como casi todos los palacios orientales. Pero cuando me puse en camino con Góngora por la calle de los Gomeles para ir á visitar el célebre palacio, no había visto todavía las paredes de léjos y no hubiera podido decir por lo mismo en qué punto se encontraba de la ciudad. La calle de los Gomeles es escarpada y describe ligera curva; ésta es la razon por la que, durante mucho rato, no ve uno ante sí sino casas, y puede creerse que la Alhambra se halla léjos todavía. Góngora no decía palabra, pero yo leía en su semblante el goce que experimentaba en el fondo de su alma, pensando la sorpresa y el placer que yo recibiría. Miraba el suelo sonriendo y respondía á mis preguntas con un signo que quería decir:—Luego, luego hablaremos,—y de tiempo en tiempo levantaba los ojos casi furtivamente para medir el camino que nos faltaba todavía. Y yo gozaba tanto con su placer, que

le hubiera abrazado para darle gracias. Llegamos ante una gran puerta que limitaba la calle; Góngora me dijo:—”Hemos llegado.”

Entramos. Halléme en un gran bosque de árboles de descomunal altura, inclinados los unos hácia los otros, á los lados de una avenida que sube por la colina y se pierde en la sombra. Son tan espesos, que apenas podría un hombre pasar entre ellos y por todas partes donde se mira se ven troncos tan unidos que parecen cerrar el camino como pared interminable. Los árboles entrelazan sus ramas por encima de las alamedas; ni un rayo de sol penetra en el bosque; la sombra es sumamente opaca y por todas partes murmuran mansos arroyos, cantan ruiseñores y se respira primavera fresca.

—Nos hallamos ya en la Alhambra—me dijo Góngora;—vueiva usted la cara y verá las torres y las murallas almenadas que la rodean.

—¿Pero dónde está el palacio?—preguntéle.

—Es un secreto—me respondió.—Avancemos al azar.

Subimos por una alameda que limita la gran vía central y se eleva hácia lo alto de la colina. Los árboles se entrelazan, produciendo un techo de verdura que no deja ver el cielo, y la hierba, las malezas y las flores forman por su parte dos lindos paredones embalsamados, que se inclinan como atraídos por la belleza de sus colores y la suavidad de sus perfumes.

—Detengámonos aquí un momento—dije:—Quiero respirar un rato este aire. Me parece que debe contener no sé qué gérmenes secretos que, introdu-

ciéndose en la sangre, prolonguen la existencia; se respira en este ambiente juventud y vida.

—¡Vea usted la puerta!—exclamó Góngora.

Me volví como si me hubieran pisado y ví á algunos pasos delante de mí una gran torre cuadrada, de rojo oscuro, coronada de almenas, con una puerta rematada en forma de herradura, sobre la cual se ven esculpidas una llave y una mano. Interrogué á mi guía y me dijo que aquella era la entrada principal de la Alhambra y que la llamaban la puerta de la *Justicia*, porque los reyes moros tenían la costumbre de pronunciar sus sentencias bajo aquel arco. La llave significa que aquella puerta es la llave de la fortaleza y la mano simboliza los cinco principales preceptos del Islam: rezo, ayuno, caridad, guerra santa y peregrinación á la Meca. Una inscripción árabe atestigua que el edificio fué construido hace cuatro siglos por el sultan Abul Hagag Yusuf, y otra, que se lee todavía sobre las columnas, dice así. "No hay otro Dios que Alá, y Mahoma es su profeta.—Fuera de Dios no hay poder ni fuerza." Pasamos por bajo el arco y empezamos á subir por estrecha senda; finalmente, llegamos á lo alto de la cuesta, en medio de una esplanada rodeada de bajo parapeto y sembrada de arbustos y flores. Volvime hácia el valle para gozar en seguida del panorama; pero Góngora me cogió por el brazo y me hizo mirar por el lado opuesto. Tenía delante un gran palacio del estilo del Renacimiento, medio arruinado, rodeado de algunas casas pequeñas y de miserable apariencia.

—¿Qué broma es esta?—le dije.—Usted me con-

duce hasta aquí para que vea un palacio árabe y encuentre el camino cerrado por un palacio moderno. ¿Quién tuvo la desdichada idea de construir este edificio en medio á los jardines de los califas?

—Cárlos V.

—Fué un vándalo. No le he perdonado todavía la iglesia gótica que construyó en el centro de la mezquita de Córdoba; y hoy esta barraca acaba de hacerme odiar á él, á su corona y á toda su gloria. Pero en nombre del cielo, ¿dónde está la Alhambra?

—Está allí.

—¿Dónde?

—En esas casas viejas.

—Déjese usted de chanzas.

—Doy á usted mi palabra de honor.

Le cogí por el brazo y le miré; él se echó á reír.

—Pues entonces—exclamé yo,—esa gran nombredía de la Alhambra no es más que una hipóbole de charlatanes y de poetas. ¡Europa, el mundo entero, yo, hemos sido indignamente engañados! ¡Por Dios, que vale la pena de soñar con la Alhambra durante trescientas sesenta y cinco noches seguidas, para acabar por ver un grupo de casucas viejas con algunas columnas truncadas y algunas inscripciones borrosas!

—¿Cómo me divierte eso?—replicó Góngora riendo á carcajadas.—Vamos, venga usted á convenirse de que el mundo no ha sido burlado: entremos en esas casuchas viejas.

Penetramos por una puertecita, atravesamos un corredor y nos hallamos en un patio. Movido por un

vivo impulso, estreché la mano de Góngora, y díjome éste con aire de triunfo:

—¿Se ha convencido usted?

No le respondí; ni siquiera lo veía. ¡Me encontraba separado de él por una distancia de mil leguas! La Alhambra había empezado á ejercer sobre mí esa fascinación misteriosa y profunda, á la cual nadie escapa y que nadie sabe explicar. Nos hallamos en el *patio* llamado de los *Arrayanes*, que es el mayor del edificio, y que presenta á la vez el aspecto de una sala, de un patio y de un jardín. Un gran receptáculo rectangular, lleno de agua, rodeado de una hilera de mirtos, se extiende de un lado á otro del patio reflejando cual limpio espejo los arcos, arabescos é inscripciones de las paredes. A la derecha de la entrada se ven dos hileras superpuestas de arcos moriscos, sostenidos por ligeras columnas, y del lado opuesto al patio se eleva una torre con una puerta, por la cual se entreven las salas interiores medio oscuras, las pequeñas ventanas con sus ajimeces, y por entre las ventanas el azul del cielo y las cumbres de las lejanas montañas. Las paredes se hallan adornadas hasta cierta altura por zócalos de espléndidos mosaicos, y desde éstos hasta arriba de arabescos de delicado dibujo, que parecen moverse y cambiar á cada paso. Aquí y allá, entre las treceñas intrincadas y á lo largo de los arcos, serpentean y se enlazan como guirnaldas, inscripciones árabes que encierran saludos, proverbios y sentencias. Junto á la puerta de entrada se lee en gruesos caracteres: "¡Salud eterna!" — "¡Bendición!" — "¡Prosperidad!" — "¡Felicidad!"

—"¡Alabado sea Dios por el beneficio del Islam!" A otro lado se ve escrito: "Yo busco mi refugio en el Señor de la Aurora.—¡Oh, Dios! A tí se deben acción de gracia eterna, y alabanzas impercederas." En otras partes se leen versículos del Corán y poesías enteras en alabanza de los califas. Estuvimos mucho rato mirando sin decir palabra. No se oía volar una mosca. De tiempo en tiempo Góngora hacía ademán de dirigirse hácia la torre; yo le retenía por el brazo y veíale impaciente.

—Es necesario despachar—me dijo por último,—ó no entraremos esta tarde en Granada.

—¿Y yo qué sé de Granada—le contesté,—ni de la tarde ó la mañana, ni de mí mismo? ¡Me encuentro en Oriente!

—Pero usted sólo se halla en la antecámara de la Alhambra, mi querido árabe—díjome Góngora, impeliéndome hácia adelante.—Venga usted, venga conmigo, y ahora sí que va usted á creerse en Oriente.

Y, á pesar de mi resistencia, me llevó hasta el umbral de la puerta de la torre. Allí volví para ver una vez más el patio de los mirtos, y dí un grito de sorpresa. Entre dos columnas de la galería con arcadas que se hallan frente á la torre del lado opuesto del patio, apareció una jóven, una hermosa y morena cara de andaluza, con un velo blanco que la envolvía cabeza y hombros. Estaba apoyada en el parapeto, en actitud melancólica, fijos los ojos en nosotros. No puedo expresar el efecto fantástico que me produjo aquella figura en semejante lugar, la gracia que le